

lloramos en común, Rainer Maria Rilke, el único entre nosotros en quien la palabra se había transformado ya totalmente en música. La elegía en prosa del «Malte Laurids Brigge» sobre la muerte ajena, las estrofas sobriamente vestidas del «Requiem» ¿qué eran sino presentido canto fúnebre y llamamiento de la muerte propia? La sintió interiormente desde hacía años, pero, como a todo sentimiento, la elevó grandemente y la transformó en poesía hasta que aquello que tenía de trágico ya no era sino lamento sonoro y hasta que la advertencia misma de lo percedero se convirtió en inmortalidad. Pero los que escuchábamos con cariño, encantados por su música, queríamos a la muerte que crecía en él, sin sospechar nada, nos deleitábamos en esa dulzura rara, en ese deshacerse bienaventurado y lo estimábamos como una ofrenda. Y sólo cuando esa muerte golpeó brutalmente al mundo, como una puerta que se cierra con estrépito, nos sobresaltamos, y ahora vemos aturcidos el vacío que se ha producido y reconocemos la pobreza de nuestra supervivencia».

Extraño testimonio, este último, anotado por el biógrafo incomparable que al acaecer la segunda carnicería contemporánea abandonó la existencia, su existencia de esteta, de creador y de humanista, en una noche feliz, la más feliz de todas, conforme lo anotó en su postrer recado.

EL CHOROY DE ORO.

Anotada por el filólogo don Ambrosio Rabanales O. y prologada brevemente por Juan Uribe Echevarría, publica la Editorial Rapa Nui que dirige el novelista, humorista y apasionado crítico Francesc Trabal, esta novela para niños, bajo el título de «El choroy de oro».

Las glosas continuas del filólogo nos orientan a través del vocabulario, a veces sencillamente creado por el novelista Ma-

riano Latorre que ya tiene a su haber un sinnúmero de obras. Aunque dicho conjunto literario aun no lanza al artista a humanizar el desarrollo de sus trabajos, absorbido más por la forma que por el fondo, más por el arabesco colorista que mantiene su frase perfilada, tamizada con sobriedad y mesura que por el aliento vital que tras ella palpita. Si se intentara definir pretensiosamente a Mariano Latorre habría que ubicarlo en nuestra novelística, como el artífice que supo trasladar a sus escritos la visión exacta del paisaje, con su rumor, su olor y su estampa, a tal extremo fiel que los personajes alcanzan la dimensión de un pretexto en medio de esa artesanía rigurosa.

El choroy de oro es un pajarillo de plumaje excepcional que por ello mismo, codicia un niño para donarlo a una muchachita lisiada hija de teutones radicados en Rucañanco, al sur de Chile, la cual al ser perseguida por una bandada de choroyes, anhelantes por su dorado rey, adquiere el uso de sus facultades: la palabra y el oído. Con esta acción, próxima a la leyenda, Latorre extiende en mil valoraciones diversas los secretos de su técnica, hasta darnos una novela hermosa, de efectos ágiles, que restallan como los colores mil veces calculados de un cuadro cuyo dramatismo cediera el paso a la maestría del detalle. Estas características que a través de «El choroy de oro» se mimetizan en la ternura del relato, probablemente más próximo de la sensibilidad de los niños, si tuviera más emoción y menos técnica, se hacen palpables en «Trapito Sucio», segunda y última parte del libro. Aquí el foguado escritor quiere demostrarnos sencillamente sus alcances y coge un tema, tal como el pintor realista estabiliza un motivo para transportarlo con precisión a su tela. El resultado es el mismo de antes: prima la estilización literaria, a pesar de que estuvo en manos del artista la posibilidad de exaltar sus figuras, cimentadas en lo más profundo de la miseria humana, con los toques de un dramatismo menos académico y, por ende, más hondo.